

Los intelectuales en la nación inconclusa. Cultura, historia y política en Jorge Abelardo Ramos

Roberto Luis Tortorella (CEHis-UNMdP)¹

Introducción

Con la definitiva constitución del peronismo como expresión social y política hacia mediados de la década del 40, las distintas tradiciones políticas argentinas vivieron procesos convulsos de polémica, reposicionamiento y, eventualmente, de sangría o fraccionamiento. En particular, dentro de las corrientes de pensamiento filiales con la cultura de izquierda, ese nuevo fenómeno que se ofrecía al debate y la interpretación agitó las conciencias, en virtud de que la movilización y la plena incorporación política de la clase obrera se operaba bajo la conducción de un líder militar doblemente ajeno: Perón era extraño al proletariado, pero también a cualquier simpatía izquierdista.

En el trotskismo, tras las discusiones doctrinarias de la década del 30 sobre la naturaleza del capitalismo argentino y el consecuente carácter de la revolución a realizar, se darán ahora otras de tono más histórico, y ello por razones que incluyen tanto los interrogantes que despertaba el populismo en relación a sus orígenes y su esencia como la necesidad de una narrativa que integrase y posicionara a esta relativamente novedosa corriente local en la historia de la comunidad vernácula. Precisamente, un fruto de ese nuevo estado de cosas, a la vez que un acicate del debate sobre el pasado en el mundo cultural de izquierda, es *América Latina, un país* (1949), de Jorge Abelardo Ramos (1921-1994). Éste, su primer ensayo de interpretación nacional de cierto aliento, comportó el decidido ingreso del autor a la arena intelectual, lo cual implicaría también comprometer su reflexión con la cultura y con el lugar social de los intelectuales. Esas preocupaciones se volcaron no sólo en el libro mencionado, sino también –y mucho más directamente– en otro publicado algo después: *Crisis y resurrección de la literatura argentina* (1954). En esos textos, resultan de particular interés a los fines de este trabajo algunos núcleos conceptuales y representacionales elaborados no sólo a propósito del pasado argentino y latinoamericano, sino fundamentalmente en torno al posicionamiento propuesto para la corriente trotskista-

¹ Correo electrónico: rlthache@yahoo.com.ar

nacionalista y para los intelectuales que, como Ramos, se presentan a sí mismos como actores privilegiados para dotar de energía y teoría revolucionaria a una clase obrera a cuya organización independiente el autor apuesta, más allá del “apoyo crítico” que postula frente al peronismo.

Consecuentemente, el objetivo es analizar las figuraciones del intelectual que se desprenden de la obra elaborada en la década del 50 por Ramos, uno de los autores “faro” de la izquierda afín al peronismo², proponiendo instalar la interpretación de tales (auto) representaciones en el estado de los campos intelectual y político de esos años. Así, se intenta explicar la paradoja conceptual que se delinea en los estudios que definen el talante de esta franja ideológica como antiintelectualista³, en ciertas ocasiones refiriéndose al elenco en su conjunto⁴ y en otras aludiendo a algunos de sus más destacados ideólogos y portavoces⁵. La caracterización referida en relación a estos agentes deja al descubierto un interrogante a propósito de cómo gestionaron su propia situación intelectual dada su condición indudable de hombres de ideas, cuestión a la cual la apelación a aquella categoría no sólo no responde, sino que la cubre de opacidades.

Como se intentará argumentar en este trabajo, a partir de una trayectoria biográfica que traza una silueta híbrida desde el punto de vista profesional, durante la década del 50 se encuentra en la obra de Ramos un imaginario sobre el intelectual que asume redondamente la disputa por el monopolio de la legitimidad cultural, siendo su

² Aunque Rodolfo Puiggrós (1906-1980), Ramos y Hernández Arregui han sido considerados los máximos exponentes del pensamiento de la izquierda nacionalista (ver, por ejemplo, Altamirano, Carlos: “Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina (1955-1966)”, en el libro del mismo autor: *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2000; Kohan, Néstor: *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Buenos Aires, Biblos, 2000), un canon sintético del colectivo puede consultarse también en Chumbita, Hugo: “Patria y revolución: la corriente nacionalista de izquierda”, en Biagini, Hugo y Roig, Arturo: *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX: obrerismo y justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires, Biblos, 2006.

³ Al concepto de antiintelectualismo es inherente, como lo ha dejado indicado Claudia Gilman, una problematización de la relación entre la labor intelectual y la acción, particularmente en lo que a la intervención eficaz en la arena política se refiere, cuyo rasgo definitorio reside en la vituperación del primer orden de actividad a favor de la superioridad de la serie política. Precisamente, los sujetos privilegiados en esa sintaxis resultan el “hombre del pueblo” y el “hombre de acción”. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 166.

⁴ Ver Leis, Héctor: *Intelectuales y política (1966-1973)*, Buenos Aires, CEAL, 1991; Tarcus, Horacio: *El marxismo olvidado de la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

⁵ Ver Terán, Oscar: *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Kohan, op. cit.; Sarlo, Beatriz: *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001; Acha, Omar: *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Eudeba, 2006; Georgieff, Guillermina: *Nación y revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

decisivo rasgo oposicional el producto, por un lado, de la posición periférica en el aparato cultural dominante y, por otro, de la creciente tensión política entre el peronismo y el antiperonismo, conflicto que opera reforzando el posicionamiento confrontativo del agente analizado.

Campo cultural, intelectuales e izquierda nacionalista hacia la primera mitad del siglo XX

La fragilidad del campo cultural y, por extensión, del campo intelectual⁶ argentino, por lo menos hasta 1983, sumada al carácter difícilmente asible del intelectual como categoría social general y a la naturaleza bifronte de este actor en términos de su relación con la cultura y la política, hacen arduas cualquier consideración de tal agente en términos cerradamente profesionalistas. A ello debe añadirse, para el caso de los escritores filiales en la izquierda nacionalista argentina de las décadas centrales del siglo XX⁷, la perplejidad que puede generar una primera lectura de su producción en lo atinente a su rechazo del mundo de la cultura letrada que les era contemporáneo, tanto de sus personajes eminentes como de sus instituciones, jerarquías, ideas y prácticas, e incluso el redondo desapego cultivado respecto de la noción misma de “intelectual”. No obstante la posición ambigua en que los ubica tal situación, ostensiblemente expuesta si se compara con las académicas figuras coetáneas de José

⁶ Se toma aquí la noción en los términos en que la recortara Pierre Bourdieu: “Dominada durante toda la edad media, durante una parte del renacimiento y en Francia, con la vida de la corte, durante toda la edad clásica, por una instancia de legitimidad *exterior*, la vida intelectual se organizó progresivamente en un campo intelectual, a medida que los creadores se liberaron, económica y socialmente, de la tutela de la aristocracia y de la Iglesia y de sus valores estéticos y éticos, y también, a medida que aparecieron *instancias específicas de selección y consagración* propiamente intelectuales –aun cuando los editores o los directores de teatro quedaban subordinados a restricciones económicas y sociales que, por su conducto, pesaban sobre la vida intelectual-, y colocadas en situación de *competencia por la legitimidad cultural* [el subrayado es del autor]”. “Campo intelectual y proyecto creador”, en el libro del mismo autor: *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*, Buenos Aires, Cuadrata, 2003, p. 14.

⁷ Se prefiere la noción “izquierda nacionalista” para referir a la corriente intelectual que aquí se estudia frente a otras denominaciones igualmente posibles que han sido producto de categorizaciones tanto históricas como analíticas. En este punto, se coincide con buena parte de la bibliografía específica en relación con el anclado del variado elenco ideológico en cuestión en la convergencia de alguna versión del marxismo con el nacionalismo popular. Omar Acha (*Historia crítica de la historiografía argentina: las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo, 2009) ha desestimado acertadamente el concepto de “marxismo nacional” en virtud de que en éste se privilegia el componente marxista y, en tal sentido, la idea de “izquierda” como relevo del primer término resulta menos dócil a la subsunción exclusiva en el marxismo siendo igualmente porosa al populismo. Sin embargo, Acha ha optado por la denominación de “izquierda nacional”, quizá algo connotada por su apropiación por la fracción hegemonizada por Jorge Abelardo Ramos y por la apertura excesiva a la que fuera sometida por Juan José Hernández Arregui. Por último, la noción “nacionalismo de izquierda” genera el eco de un parentesco de familia que da preeminencia al polo populista, situación análoga y opuesta a la del mencionado “marxismo nacional”.

Luis Romero (1909-1977) o Gino Germani (1911-1979), se vulneraría la posibilidad de comprender cabalmente la trayectoria vital de aquellos hombres de ideas si – consecuentemente con sus reclamos de superficie- se acepta sin más su solicitud aparente de ponerlos fuera de un juego en cuyas luchas simbólicas, sin embargo, comprometieron buena parte de sus esfuerzos.

En cualquier caso, la referencia a la condición de intelectual en el ámbito del conocimiento social no es equivalente a la del experto. En esa línea, importa para el fin de este texto recuperar lo señalado por Federico Neiburg y Mariano Plotkin, quienes han indicado que la designación de intelectual ha servido para hacer referencia a individuos que legitiman sus intervenciones en el debate público a través del ejercicio del pensamiento crítico racional, que se proclaman independientes de los poderes y definidos por un conjunto de valores y un cierto tipo de sensibilidad, y cuya formación general puede o no tener a la universidad como espacio principal de acción. El experto, a su vez, evocaría al técnico con especialización y entrenamiento académico que habla en nombre de la ciencia y hace de la neutralidad axiológica la base para la búsqueda del bien común⁸. De todos modos, estos autores dejaron anotada la necesidad de abandonar visiones normativas o dicotómicas que reemplazan la efectiva construcción de categorías de análisis por categorías de identificación prolijadas incluso por los propios protagonistas de los problemas abordados, observando que la clasificación en estos términos de grupos y autores no siempre se corresponde con una efectiva distinción empírica y que la relación entre intelectuales y expertos constituye un espacio de intersección productiva en cuyo cruce se construye el conocimiento social⁹. En un sentido similar incide la argumentación de Silvia Sigal, al señalar que el tratamiento del discurso intelectual depende “tanto de la decisión individual de asumir ese papel como del sentido político que pueden asumir prácticas culturales”¹⁰.

De todos modos, es evidente que en el caso de agentes como Ramos el análisis se sitúa en esa región híbrida, de frontera, entrevista en el análisis del mundo intelectual de países periféricos como la Argentina, en donde la ya referida fragilidad del campo cultural se hacía palpable en la remisión a instancias externas de consagración, la

⁸ Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano: “Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina”, en Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (comps.): *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 15.

⁹ Ídem, pp. 16-17.

¹⁰ Sigal, Silvia: *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 8.

interiorización de criterios exteriores de valorización, las frecuentes interdicciones de la política en sus instituciones y las modalidades de representación de lo político construidas por los intelectuales¹¹. Esta circunstancia generó una variedad tal de situaciones en lo que Bourdieu ha denominado las “profesiones propiamente intelectuales”¹² que se vuelve forzado e improductivo un balizamiento cerrado.

La referencia al caso de la historia es pertinente, considerando que Ramos fue un productor de narrativas en ese registro. Tras la primera sistematización de la práctica historiográfica llevada adelante por el positivismo erudito entre 1890 y el Centenario, llegó con la conformación de la llamada Nueva Escuela Histórica el primer esfuerzo sostenido de profesionalización de la disciplina, emprendimiento cuyo sustento se encontraba tanto en el espacio universitario como fuera de él (sobre todo, en la Junta de Historia y Numismática). Empero, la depresión económica y el derrocamiento de Yrigoyen aceleraron la crisis del consenso liberal que le había dado a tal movimiento la hegemonía en el proceso de construcción de un campo disciplinario. De esa crisis emergieron dos corrientes de relectura del pasado nacional que dieron especial relevancia a las conexiones entre historia y política y que expresarían una fragmentación para nada restringible a un corte sólo profesional: por un lado, el abigarrado nacionalismo antiliberal; por otro, el marxismo ligado a la Internacional Comunista¹³.

Al arribo de la revolución del 4 de junio al poder, la existencia de un terreno literario con pautas más o menos consensuadas de funcionamiento contrastaba con la fractura del ámbito de la historia, atravesada muy directamente por diferendos político-ideológicos¹⁴. El ascenso de Perón en el marco de un gobierno militar que era leído de acuerdo con la clave ofrecida por los acontecimientos internacionales en relación a los cuales la política interna y externa del régimen favorecía su asociación con la coalición de países que resultaría derrotada en 1945, provocó un realineamiento de tesituras que ubicó a la inmensa mayoría de la intelectualidad en la oposición, excepción hecha de un puñado de hombres de filiación tan heterogénea como la que podía encontrarse en las filas del antiperonismo y en el que eran escasos los intelectuales consagrados¹⁵. De tal modo, el grueso de los sectores filiados con conservadores, radicales, comunistas y

¹¹ Sigal, op. cit., pp. 15-16.

¹² Bourdieu, op. cit., p. 18.

¹³ Myers, Jorge: “Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico entre 1930 y 1955”, en Neiburg y Plotkin, op. cit., pp. 67-76.

¹⁴ Sigal, op. cit., p. 16.

¹⁵ Sigal, Silvia: “Intelectuales y peronismo”, en Torre, Juan Carlos (dir.): *Nueva historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, T. VIII, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, p. 512.

socialistas, en el primer conjunto, y grupos de escritores católicos, nacionalistas, radicales forjistas, miembros del grupo Boedo, más unos cuantos militantes de las izquierdas comunista, socialista y trotskista, en el segundo, constituyeron la cuantitativamente desigual expresión en el terreno cultural de la nueva instancia de clivaje generada por lo sucedido en esos años. En efecto, la implantación de la enseñanza religiosa en las escuelas, la intervención de las universidades, la política represiva de comunistas y socialistas, la disolución de los partidos y el control de los medios de prensa, sumado todo ello a una política neutralista que no siempre ocultaba simpatías por las potencias del Eje, conformaron el horizonte perceptivo inmediato de la mayoría de los agentes del mundo de la cultura. En este sentido, Perón se incrustó en un sistema de oposiciones preconstituido¹⁶. La grilla conceptual desde la cual se registró entre la “intelectualidad democrática” la política social gobierno militar –asimilada a empresas corporativistas- y el 17 de octubre –leído como una manifestación de desclasados- consolidó las posturas antedichas¹⁷.

Sin embargo, sería justamente el privilegio dado a la apertura por parte de Perón a las demandas de los sectores subalternos desde la Secretaría de Trabajo y Previsión (no menos destacada que sus inclinaciones nacionalistas entendidas como consecuencia antiimperialista), observado todo ello desde los márgenes del campo, lo que daría ocasión a intelectuales y militantes formados en alguna versión del marxismo pero con filiaciones políticas diversas de recolocarse en el escenario político e intelectual y disputar la legitimidad cultural al multiforme antiperonismo intelectual, corporizado en los personajes y las instituciones de la simplificadoramente llamada “intelligentsia liberal”. La virulencia de la mutua denegación de legitimidad entre los polos peronista y antiperonista no haría sino agravarse en el curso de los gobiernos de Perón, desembocando en 1955 en un nuevo golpe militar cuyo duro ánimo desperonizador se extendería también al plano cultural, en el que serían desplazados quienes fuesen sindicados como simpatizantes del régimen derrocado. Para Ramos, quien a fines de los 40 comenzaba a participar del debate intelectual y político, la estrategia fue desde el principio la del *outsider* de perfil militante que formulaba acres críticas a un aparato cultural dominante que asociaba al poder oligárquico e imperialista. Es en este marco condicionante que debe entenderse su reprobación de ciertos tipos intelectuales, lo que

¹⁶ Ídem, p. 501.

¹⁷ Ídem, pp. 500 y 502.

no le impidió señalar la centralidad de la cultura en orden a la transformación de la sociedad ni elaborar una imagen positivamente valorada del hombre de ideas.

Si es indudable que las disputas en torno a la relación entre intelectuales y pueblo han sido en todas partes polémicas entre letrados, algo no muy diferente puede decirse de las discusiones ligadas a la valoración de la actividad intelectual¹⁸. Sigal ha destacado que fueron las reflexiones emitidas desde orientaciones nacionalistas las que más resuelta y explícitamente se situaron en el espacio cultural, definiendo sus objetivos y sus adversarios en ese plano. Consecuentemente, las elucubraciones que, desde la izquierda trotskista y nacionalista, se formularon sobre la figura del intelectual y su rol social pueden entenderse como una apuesta para la construcción de un tipo de legitimidad discursiva que hallaba su fundamento en la intersección entre cultura y política o, aún mejor, en una lucha ideológica por el control simbólico de la cultura, una batalla contra otras lecturas de lo social cuya *raison d'être* residiría en la revelación de una verdad que otros intelectuales se habían ocupado de ocultar¹⁹.

Los dictérios contra la condición intelectual en la historia cultural y política de Argentina han encontrado ejemplos paradigmáticos en las franjas populistas y en el imaginario radicalizado de la izquierda de los 60. Sin embargo, aquellos tenían antecedentes mediatos que podían rastrearse aun hasta el cuestionamiento del conocimiento abstracto de la realidad presente en el romanticismo decimonónico y, más cerca en el tiempo, podían observarse en la crisis del consenso liberal que, con matices, se había sostenido hasta la década del 20. En efecto, las “clases cultas”, en el decir de Ramón Doll, habían defecionado con respecto a las “masas nacionalistas”, configurando una suerte de *trahison des clercs*, aunque la expresión adquiriría en la referencia citada un sentido no asimilable al que por esos años le había conferido Julien Benda²⁰.

Pero, más allá de las marcas vernáculas, en la propia tradición cultural de la izquierda había una potente inclinación crítica de la vocación contemplativa de los intelectuales al inscribir la producción de conocimiento en una voluntad de cambio de la realidad. Basta como significativo mojón la perdurable tesis 11 sobre Feuerbach, elaborada por Karl Marx en 1845, aunque publicada bastante después: “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata

¹⁸ Gilman, op. cit., p. 166.

¹⁹ Sigal, *Intelectuales y poder...*, op. cit., p. 178.

²⁰ Altamirano, Carlos: *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 63-65.

es de transformarlo”²¹. En las obras abordadas en este texto, resuella tanto la constatación de la ajenidad de la *élite* letrada con respecto a los intereses nacionales y de las masas populares –lazo social que se intenta reconstruir- así como una representación de la tarea del intelectual que da preeminencia a la reflexión para la subversión de un todo social que se supone modelable por lo político. De tal modo, las construcciones de una figura del intelectual son, a un tiempo, sociales (en tanto definidas en orden a una red relacional que fija parámetros y expectativas y que delimita un campo de opciones para establecer apologías y rechazos) e imaginarias (en tanto invenciones de un personaje funcional)²².

De los escritos que se analizan en el siguiente apartado, se incidirá en aquello que en Ramos es observable como la crítica al sistema de la cultura letrada que juzgaba todavía hegemónico. Ambos trabajos revistan en un género extensamente visitado en Argentina desde la generación del 37; esto es, el ensayo. A lo largo del siglo XX, la práctica de la escritura ensayística se hizo necesaria para muchos escritores y pensadores como estrategia de intervención pública en instancias de crisis política que reclamaban interpretación. El ensayo opera sobre saberes ya existentes que son sometidos a revisión y a una nueva sistematización y resulta así un tipo discursivo idóneo para transmitir una exégesis, personal y subjetiva, de una realidad crítica, en virtud de que “no requiere de la comprobación y la verificación científicas de una investigación sociológica o de un libro de historia”²³. Género habitualmente ejercitado por quienes ocupan un lugar estratégico en el campo intelectual sería, sin embargo, utilizado en los 50 por Ramos en virtud de su potencial polémico, desde la posición de un novel historiador militante.

Ramos y el teórico de lo nacional

²¹ Las *Tesis sobre Feuerbach* se integraron como anexo al libro de Friedrich Engels que vio la luz en 1888 con el título *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (en castellano: Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1955).

²² Premat, Julio: *Héroes sin atributos. Figuras de autor en la literatura argentina*, Buenos Aires, FCE, 2009, p. 26.

²³ Saítta, Silvia: “Modos de pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)”, en Neiburg y Plotkin, op. cit., pp. 107-108. No obstante, para los intelectuales que establecieron una relación estrecha con alguna versión del marxismo, la propia adhesión a esta matriz proporcionaba credenciales de cientificidad suficientes.

Jorge Abelardo Ramos²⁴ nació en la ciudad de Buenos Aires en 1921. Su padre, según su propio testimonio, era “yesero de San Nicolás de los Arroyos” y tenía inclinaciones anarquistas. Su madre, de origen judío, provenía de una familia socialista pero simpatizaba con Hipólito Yrigoyen. Ingresó en 1933 al Colegio Nacional Buenos Aires, iniciando su militancia adolescente en el apoyo de la República Española como partidario de la Solidaridad Internacional Antifascista (SIA). A fines de la década, formaba parte de la Unión de Estudiantes Secundarios, de tendencia anarquista. Habiéndose acercado a las posiciones de León Trotsky, ingresó junto con Enrique Rivera y por intermedio de Adolfo Perelman al Grupo Obrero Revolucionario (GOR) liderado por Liborio Justo, agrupación que publicaba el periódico *La internacional* (luego *La Nueva Internacional*). La ruptura de relaciones con Justo llevó a los jóvenes hacia el grupo rival de Antonio Gallo y Aurelio Narvaja, la Liga Obrera Socialista (LOS), que editaba *Inicial*. Una nueva ruptura lo condujo a constituir Vanguardia Obrera Leninista (VOL) con Rivera y Perelman. La conformación en 1941 del Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS), de vocación unificadora e impulsado por la IV Internacional, llevó a una nueva iniciativa editorial, que se prolongaría hasta el golpe de 1943: el periódico *Frente Obrero*. Ya en noviembre de 1945, Ramos y Niceto Andrés lanzaban *Octubre* (1945-1947), cuya primera posición vacilante hacia el peronismo giraba luego hacia una revalorización del fenómeno, interpretándolo como un movimiento marcado por la burguesía nacional pero que por sus medidas obreristas y su contradicción objetiva con la oligarquía agropecuaria y el imperialismo merecía el apoyo crítico de la izquierda. Con su propio sello editorial, Octubre, lanzó en 1949 su primer ensayo, *América Latina: un país*, en el que recorría la historia desde tiempos coloniales hasta la época contemporánea, argumentando sobre una originaria unidad larinoamericana -luego balcanizada por acción norteamericana y británica- y sobre el carácter bonapartista del régimen peronista, cuestiones sobre las que se volverá más adelante.

El libro, censurado prontamente por la comisión bicameral presidida por el diputado peronista José Emilio Visca, era a su vez criticado por Rivera por sus

²⁴ Los datos están tomados de Galasso, Norberto: *La izquierda nacional y el FIP*, Buenos Aires, CEAL, 1983; Eidelman, Ariel y Acha, Omar: “Nacionalismo y socialismo. Jorge Abelardo Ramos y la Izquierda Nacional”, en *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, Vol. 5, Nº 13, 2000; Noble, Cristina: *Abelardo Ramos. Creador de la Izquierda Nacional*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006; Tarcus, Horacio: *Diccionario Biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

desviaciones nacionalistas. En 1951 publicó, a través de la editorial radical Raigal, *Alem, historia de un caudillo*. Desde entonces y hasta 1955 se dedicó intensamente al periodismo, escribiendo para numerosos medios: el diario peronista *Democracia*, *El Laborista*, el suplemento literario de *La Prensa* (mientras el medio estuvo bajo control de la Confederación General del Trabajo – CGT-) y un renovado *Frente Obrero* que, desde 1954 y bajo la dirección de Esteban Rey, fue el órgano del Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN), cuya efímera experiencia tocaría su fin con el golpe de 1955. En esta organización filoperonista, en la que confluyeron socialistas y fracciones trotskistas, Ramos encontró una manera de apoyar el proceso en curso sosteniendo el principio de la independencia partidaria.

Fue en este contexto agitado de los primeros años 50 que publicó el breve texto de *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, mediante el apoyo de la editorial Indoamérica, sello cuya dirección estaba en manos de viejos compañeros de ruta en agrupaciones trotskistas. Como fue indicado más arriba, las circunstancias de su publicación se ligaban a una confrontación entre peronismo y oposición que en su proceso de recíproca deslegitimación habían consolidado sus respectivos pares de opuestos binarios: para los adherentes al primero, el pueblo-nación se enfrentaba a la oligarquía antinacional; para los opositores, el país democrático debía necesariamente desconocer un gobierno nazi-fascista.

Sin embargo, pese a la disponibilidad de objetos de análisis más inmediatamente visibles considerando la expresión desembozadamente conspirativa del rechazo al régimen que había tomado la forma de un fallido *putsch* en 1951, Ramos elegía en este trabajo el análisis de la literatura contemporánea y su función política. La razón era a sus ojos evidente: el imperialismo, en países semicoloniales como la Argentina, realiza sus fines de sojuzgamiento no a través de una “policía colonial” sino de la acción más sofisticada y molecular de la “colonización pedagógica”, en razón de que “las ideas, en cierto grado de su evolución, se truecan en fuerza material”²⁵. La referencia teórica al organicismo de Oswald Spengler fundaba la relevancia de la disputa por una “conciencia nacional autónoma” que, aun sin albergar expresiones estéticas en una primera etapa, podía sin embargo generar una ideología²⁶.

²⁵ Ramos, Jorge Abelardo: *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Buenos Aires, Indoamérica, 1954, p. 11.

²⁶ Ídem, p. 10.

El problema no era trivial en la perspectiva de Ramos. La necesidad de discutir la presencia de lo foráneo en la cultura nacional, cuya definición no se daba en el estrecho odre de lo argentino sino en el marco de la recuperación de una unidad latinoamericana que representaba su efectivo marco de referencia, ponía en el centro de la lucha política una disputa simbólica en la que los intelectuales habían tenido a juicio de Ramos un protagonismo decisivo. Precisamente, su continentalismo se sustentaba en la centralidad que la lectura de Lenin de los movimientos nacionales otorgaba a tres factores: la formación de un mercado interno burgués, el idioma común y una literatura²⁷. No obstante, esa unidad postulada por la teoría no se había consumado, y en ello la inestabilidad y debilidad de la oligarquía local, la naturaleza dispersiva (sólo “semi-centralizada”) del imperio español y la acción decidida de la política europea y norteamericana habían desempeñado el rol de eficientes causas para la desintegración²⁸.

La narrativa ramista pretendía iluminar una alianza de intereses entre el imperialismo y la oligarquía terrateniente e importadora, uno de cuyos logros había sido la formación de una intelectualidad extranjerizante que desde Caseros en adelante (o aun desde la crisis del orden colonial, si atendemos a la contemplación de la “patria de los filósofos” de la revolución francesa que animaba a los ideólogos de mayo²⁹) expresó a la civilización europea y sirvió a los propósitos de la opresión de lo cultural autóctono³⁰. Sobre este punto, Ramos extremaba la determinación estructural a la que estaban subordinadas las ideas, en particular aquellas que signaban la imaginación de la “historia oficial”, hipótesis que en otros tramos –ceranos al diagnóstico de su contemporaneidad- se matizaría con los desfasajes de la ineptia cultural de la burguesía industrial para consolidar su predominio material, como se analizará unas líneas más abajo:

La historia escrita del continente, fuera de raras contribuciones parciales, estuvo contraída a elaborar una imagen desfigurada e iconográfica de nuestro pasado, bajo la presión de los mismos intereses que adulteran la realidad de hoy. Esa distorsión de palimpsesto sufrida por la historia de Latino América, obedeció al choque de grandes intereses materiales. Nuevas luchas no menos formidables fueron necesarias para inaugurar otra visión: sólo la realidad enriquece y refina la teoría. Como reflejo semisagrado de los actos históricos, las ideas se estratifican, consolidando en la tradición intelectual las victorias de la economía o las armas.

²⁷ Ramos, Jorge Abelardo: *América Latina, un país. Su historia, su economía, su revolución*, Buenos Aires, Octubre, 1949, p. 12.

²⁸ Ídem, pp. 20-21 y 61.

²⁹ Ídem, p. 45.

³⁰ Ramos, *Crisis...*, op. cit., pp. 29-30.

Dicha tradición está impregnada de falsedad deliberada; su rasgo preferido es negar la acción de las clases en la historia americana. No supone ironía agregar que esta concepción interesada ha sido forjada por la clase dominante.³¹

Este estado de cosas era entendido como objetivo y como una situación a tematizar que no respondía a exclusivas exigencias de la hora. En tal sentido, la profundidad de sus causas y la extensión de sus alcances a todos los ámbitos de la producción cultural exculpaban, en cierto modo, a los jóvenes que no comprendían la tarea histórica a emprender y se entregaban a la reacción:

No se crea ni por un momento que desorbitamos un problema en aras de exigencias políticas. La cuestión está planteada en los hechos mismos, en la europeización y alienación escandalosas de nuestra literatura, de nuestro pensamiento filosófico, de la crítica histórica, del cuento y del ensayo. Trasciende a todos los dominios del pensamiento y de la creación estética y su expansión es tan general que rechaza la idea de una tendencia efímera. Es en ese sentido que legítimamente puede hablarse de una verdadera devastación espiritual de las nuevas generaciones intelectuales. La juventud universitaria, en particular, se ha asimilado los peores rasgos de una cultura antinacional por excelencia. Bajo esas condiciones históricas se formó nuestra “élite” intelectual. Su función es ser fideicomisaria de valores transmitidos por sus mandantes europeos.³²

En la óptica de Ramos, la confirmación del comportamiento imitativo y artificial de la *élite* letrada encontraba un síntoma en el sometimiento lingüístico pero, más profundamente, podía estimarse por la penetración de estados espirituales completamente ajenos a la realidad nacional. La declinación del realismo que se percibía por entonces en Europa, en efecto, remitía a un horizonte social y político muy concreto en el imaginario ramista: la “crisis orgánica de la civilización capitalista”³³, para la cual la respuesta evasiva del arte de vanguardia no podía resultar suficiente.

El caos del mundo intelectual en la Europa burguesa se expresa irrefutablemente en la disolución de todas sus formas y concepciones tradicionales. Desde hace años está proclamada una verdadera crisis de la afirmación, una proscripción de lo real, una religión de la oscuridad, un sacerdocio de las sensaciones y una decisión de concebir la literatura como una actividad específica.³⁴

³¹ Ramos, *América Latina...*, op. cit., pp. 7-8.

³² Ramos, *Crisis...*, op. cit., p. 12.

³³ Ídem, p. 22. La convicción a propósito de este tópico se había dejado ya indicada en *América Latina: un país*, al proclamar que si el problema nacional hacía su aparición en el presente continental ello se debía a la “fuerza motora” de la “crisis del capitalismo imperialista” (pp. 19-20).

³⁴ Ramos, *Crisis...*, op. cit., p. 16. El reclamo de un nuevo realismo que expresara lo nacional no hacía a Ramos aceptar como potable el realismo socialista, cuya interpretación se remitía a las reflexiones de Trotsky de 1938 en su exilio mexicano, para concluir que el arte soviético era “subproducto de la

Tales inclinaciones, parte de un proceso real de decadencia en el viejo continente, se hacían inaceptables en Argentina, en virtud de ciertas derivaciones inherentes a una evaluación de la situación contemporánea del país que era pasada por el tamiz de una filosofía de la historia. La narrativa de Ramos se construía a partir del entendimiento de que el proceso histórico se ajustaba a un sentido inmanente que marcaba una línea de progreso, aunque en su perspectiva tal itinerario se expresaba con un objetivo persistente al indagar el pasado que no era necesariamente consecuente con la dialéctica marxista: esto es, la conquista de la autodeterminación derivada de solicitudes notoriamente nacionalistas. Ello conducía a reivindicar los momentos históricos aleccionadores en términos de la elusión del coloniaje. Así, Rosas “inaugura el período de la formación nacional a través de los feudos de los caudillos, al estilo pastoril, semi-bárbaro, pero entrañado en nuestra evolución autónoma”³⁵. Por ello, “fue más ‘progresivo’ [...] que sus enemigos”³⁶. No obstante, el peso del evolucionismo materialista, en el cual la senda del progreso apuntaba a un horizonte escatológico en el cual la transformación revolucionaria de la sociedad era inherente a la formación del proletariado, no dejaba de hacerse presente en su trama histórica. De este modo valoraba las inversiones extranjeras directas:

Al mismo tiempo, esa industria de capital imperialista, paga réditos al Estado argentino, proletariza a una parte de su población y desarrolla una actividad económica moderna que amplía el cauce de las futuras luchas revolucionarias. Por algunas de sus características, forma parte de la ‘burguesía argentina’, salvo en lo que concierne a sus dividendos, que envía al extranjero, aunque con las restricciones que hoy son notorias.³⁷

Si en los países en los que se había consumado la expansión imperialista del capitalismo se enfrentaba ahora una bancarrota (en cuyo diagnóstico y prospectiva incidía la fuerza del deseo), en Argentina la necesidad de realización de la nación como sujeto autónomo parecía previa a cualquier otra consideración en sentido transformador, de modo que las tareas para la consolidación de una sociedad industrial de capital nacional adquirirían una valoración positiva. Así, por ejemplo, la sustracción de

degeneración burocrática del Estado” (p. 24). El comunismo argentino era, en esa línea, tan ajeno al contexto vernáculo como lo era la literatura kafkiana.

³⁵ Ramos, *América Latina...*, op. cit., pp. 103-104.

³⁶ Ídem, p. 104.

³⁷ Ídem, p. 150.

pobladores rurales por un sector fabril en crecimiento, implicaba colocarlos en “un nivel superior de civilización ofrecido por la economía industrial”³⁸. En tal contexto, las tareas redentoras de la clase obrera, resolviendo con su acción aquellas no verificadas por la burguesía, se hacían autoevidentes: “unificar América Latina, consumir la revolución agraria y expulsar al imperialismo”³⁹. A despecho de lo dicho, en la prosa ramista no dejaba de insistirse en la correlación entre estos objetivos de la acción proletaria y “sus propios objetivos socialistas”⁴⁰.

La referencia al momento atravesado por Argentina en esos años, que para Ramos estaba ausente en la literatura y la reflexión de los intelectuales dominantes, debía atender a lo que, apelando a la metáfora arquitectónica tan socorrida por el marxismo, implicaba el “abismo” existente entre “la infraestructura de la sociedad y la superestructura”⁴¹:

El triunfo económico de la burguesía industrial sobre la oligarquía terrateniente no ha trascendido al dominio político, por la hostilidad y la ceguera antinacional de la burguesía: este hecho abrió el período bonapartista. Pero tampoco se expresa en el dominio teórico o estético donde la oligarquía y su mandarinato aún prevalecen.⁴²

La remisión a la idea de bonapartismo para entender el proceso de la “revolución nacional popular” abierto en 1945 hallaba su fundamento más lejano en las elaboraciones de Karl Marx en torno del régimen instaurado en Francia como corolario de la revolución de 1848, caracterizado por aquél por su pretensión de colocarse por encima de las clases y como benefactor de todas ellas, garantizando sin embargo el orden burgués a través de un gobierno fuerte y absoluto sostenido por el ejército, la policía, la burocracia y el poder religioso⁴³. La connotación de este concepto en la tradición marxista era desde entonces fuertemente negativa, pero la lectura de Ramos provenía de la apropiación de una revisión sobre la noción antedicha operada por Trotsky a fines de la década del 30 al intentar interpretar el gobierno de Lázaro Cárdenas, proponiendo que en un país semicolonial podía configurarse un bonapartismo *sui generis* que, ante la debilidad de la burguesía nacional por la penetración del capital

³⁸ Ramos, *Crisis...*, op. cit., p. 56.

³⁹ Ramos, *América Latina...*, op. cit., pp. 22.

⁴⁰ Ídem, p. 241.

⁴¹ Ramos, *Crisis...*, op. cit., p. 28.

⁴² Ídem, loc. cit.

⁴³ Marx, Karl: *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, CS Ediciones, 1999, pp. 123-143.

extranjero, se apoyara en el poder de las masas populares para combatir al imperialismo⁴⁴.

En línea con este entendimiento, los intelectuales del arte puro eran “un amargo reflejo de la era oligárquica, aislada del pueblo y hostil hacia sus conquistas”⁴⁵. El divorcio efectivo de estos agentes con respecto al país configuraba para éstos un impedimento para pensar la urdimbre de la cultura y la política, embebidos como estaban de una “angustia estetizante” cuyo hermetismo en nada obedecía a la situación histórica local⁴⁶. Por ello, eran estigmatizados por Ramos con alusiones sarcásticas a su pretendido celibato político: santones, pontífices, clerecía intelectual, sacerdotes europeizantes, casta políglota.

La consustanciación de la *élite* intelectual con el poder oligárquico-imperialista no era, con todo, producto de comportamientos puramente individuales, sino que estaba articulada por un aparato de control cultural a la vez local y foráneo cuya existencia, si bien no era objeto de análisis sistemático, se desprendía de distintos tramos del texto de Ramos. Las instituciones extranjeras, sumadas a las revistas literarias y los suplementos culturales que ejercían localmente la crítica bibliográfica (típicamente, *Sur* y *La Nación*), representaban las instancias de consagración y el umbral de acceso al circuito privilegiado, que se encargaba de garantizar la domesticidad de todo aquel intelectual que pretendiese pertenecer y de silenciar las voces disidentes.

La presencia del imperialismo en dicho galimatías cultural no puede ser discutible, puesto que la vinculación ininterrumpida entre la intelectualidad cipaya y los órganos especializados de Europa y Estados Unidos garantiza la continuidad

⁴⁴ Ramos hacía explícita referencia a esta concepción en varios puntos de ambas obras. Así, en *América Latina...*: “El coronel [Perón] representó a la misma burguesía latinoamericana que, con el general Lázaro Cárdenas, expropió el petróleo imperialista, apoyada en las amplias masas obreras y campesinas”(p. 172). Y luego, en la misma obra, citando a Trotsky: “Los gobiernos de países atrasados, es decir, coloniales y semicoloniales, asumen en todas partes un carácter bonapartista o semibonapartista; difieren uno de otro en esto: que algunos tratan de orientarse en una dirección democrática, buscando apoyo en los trabajadores y campesinos, mientras que otros instauran una forma de gobierno cercana a la dictadura policíaco-militar” (p. 172). Del mismo modo, en *Crisis...*: “El Estado débil es típico de los países coloniales y semicoloniales. El Estado fuerte aparece en estos países con dos variantes: ya sea cuando un gobierno practica el poder con el apoyo imperialista contra las masas o cuando una revolución popular levanta su puño contra los lacayos del imperialismo” (pp. 77-78); “[...] en un país semicolonial como la Argentina, la debilidad fundamental de la burguesía nacional y el estado de descapitalización completa del país a que había conducido el continuo drenaje operado por el capital extranjero (sofocando el desarrollo industrial argentino), determinó que el Estado se convirtiera en el banquero y el ejército en su instrumento técnico para echar las bases de una industria pesada que ningún capitalista privado estaba en condiciones de financiar por tratarse de una rama económica extraordinariamente onerosa en su etapa inicial” (pp. 55-56).

⁴⁵ Ramos, *Crisis...*, op. cit., p. 28.

⁴⁶ Ídem, p. 19.

de un intercambio con saldo desfavorable para el país. Las distintas fundaciones o institutos extranjeros proveen los fondos o la fama internacional necesaria para que los escritores dóciles ingresen al círculo de los elegidos y orienten su obra dentro de los cauces prefijados. Nada genuinamente nacional o, por supuesto, revolucionario habrá de nacer de esta casta políglota.⁴⁷

Hay temas argentinos, los más argentinos de todos, que son verdaderos tabú[e]s para nuestros escritores. Aún está por escribirse una genuina biografía de Mitre, el exterminador de los caudillos populares y organizador de la guerra del Paraguay por cuenta del capital europeo. Bien sabemos todos que aquel que se atreva a situar a Mitre en el proceso histórico del país, tendrá cerradas para siempre las puertas de *La Nación*, prohibido su nombre en la revista *Sur* y calificado de nazi o rosista por esas vacas sagradas de la Argentina de ayer.⁴⁸

Hasta aquí se ha observado cómo Ramos establecía una crítica del papel antinacional de los intelectuales y de su participación en un régimen cultural restrictivo. Adicionalmente, en la construcción de una legitimidad para la propia figura intelectual, apelaba a otros dos recursos. En primer lugar, el expediente polémico con dos de los más renombrados escritores de la publicación fundada y dirigida por Victoria Ocampo: Ezequiel Martínez Estrada y Jorge Luis Borges. En segundo lugar y asociado a lo anterior, el señalamiento de las líneas de un canon en relación a la “tradición nacional” de la que pretendía convertirse en representante.

Precisamente, Ramos presentaba como instrumento para develar en la obra de Borges y Martínez Estrada marcas de sus juicios ideológicos -y, en este sentido, como baremo de la evaluación de un escritor en relación a su exclusión o inclusión en la “tradición nacional”- la estimación que aquéllos habían ofrecido del *Martín Fierro*. La operación se alineaba en la revaloración del texto hernandiano por parte de Leopoldo Lugones en 1913, quien tras calificarlo como “poema épico” lo colocó como la obra inaugural de la literatura nacional, contraviniendo el mayoritario desdén que el libro había generado hasta entonces entre los escritores vernáculos⁴⁹. Reivindicando la postura lugoniana, Ramos dedicaba largos tramos de su *Crisis y resurrección en la*

⁴⁷ Ídem, pp. 80-81.

⁴⁸ Ídem, p. 30.

⁴⁹ Si bien en *América Latina...* se refería que el *Facundo* de Sarmiento “inaugura un decir argentino” (p. 112), Ramos sentenciaba seguidamente que “comparar el ‘Martín Fierro’ con el romanticismo francés importado por la generación de Mayo, entre otros productos, es suficiente para invalidar la comparación. Era más creador el irreductible guerrero de la llanura que odiaba al porteño o al gringo (identificados como explotadores comunes) o el artesano norteco, que cambiaba el telar por la tacuara frente al invasor poncho inglés, que todos los ‘doctores’ progresistas asistidos de frenesí institucional. ‘Martín Fierro’ fue la expresión –nostálgica e impotente, porque aludía a una lucha perdida- de los gauchos arrojados a las armas por la destrucción de la economía doméstica y por la organización de las nuevas estancias ligadas al mercado mundial” (p. 113).

literatura argentina a la exégesis de la interpretación que Martínez Estrada y Borges habían ofrecido del poema, destacando cómo la trama de sus críticas se fundaba en una mirada extranjera y clasista. No obstante, había una diferencia entre ambos autores que desde la perspectiva histórica ramista no se podía desdeñar: el primero era un provinciano, el segundo un porteño con prosapia anglosajona y unitaria⁵⁰.

La importancia de esta cuestión residía, en Ramos, en la convicción de que era posible establecer una división del país que traducía en la geografía nacional aquella oposición entre el tándem imperialista-oligárquico y las masas nacionales. En ese entendimiento se operó el viraje con relación a la figura de Julio Roca. Así, si en *América Latina: un país* éste aparecía, junto a Juárez Celman, como ejecutor a través del cual “la clase terrateniente copió el mapa económico que el imperialismo dibujaba desde Londres para sus colonias”⁵¹, en el texto de 1954 la federalización de Buenos Aires habría sido un servicio del general a las provincias del interior, al batir a la oligarquía bonaerense y a la “ciudad-puerto”⁵², en una recuperación del representante más conspicuo de la república conservadora que se profundizaría en trabajos posteriores. La apreciación de las plumas de *Sur* era cribada por esta grilla: “Si Borges es un intelectual europorteño completo, Martínez Estrada, en cambio, puede ser situado más bien en la línea sucesoria de Ricardo Rojas, es decir, como un capitulante que ha sellado un compromiso con la oligarquía, pero que no deja de ver el revés de la trama”⁵³.

La tradición que Ramos intentaba componer muy sumariamente como contraparte, al menos parcial, de la que se había construido de espaldas al país incluía no sólo a Hernández, Lugones y el Rojas de *La restauración nacionalista*, sino también a Manuel Gálvez, Manuel Ugarte, Horacio Quiroga, Elías Castelnuovo, Luis Franco. La consolidación de esta corriente merecía darse el proyecto intelectual de elaborar una “teoría de lo nacional” que se volviese hacia las “fuentes originales de la propia cultura”, tarea fundamental para el propósito de doblegar el supérstite predominio cultural oligárquico que el proceso político argentino hacía ver a Ramos como declinante⁵⁴. En la convicción de que para la definitiva victoria de una revolución la “hegemonía espiritual” adquiriría una densidad inestimable, no dejaba de reclamar para sí

⁵⁰ Ramos, *Crisis...*, op. cit., pp. 34-35.

⁵¹ Ramos, *América Latina...*, op. cit., pp. 133-134.

⁵² Ramos, *Crisis...*, op. cit., pp. 47-49.

⁵³ Ídem, pp. 36-37.

⁵⁴ Ídem, p. 81.

—en una tesitura consistentemente leninista— un lugar preferente como vanguardia intelectual y política del movimiento popular, cuyas fórmulas juzgaba aún “primitivas”⁵⁵. Empero, si en 1949 la condena a las organizaciones y la intelectualidad de la izquierda tradicional se anunciaba junto a la necesidad de un partido revolucionario que aspirase a aprovechar la transitoriedad del peronismo (augurada por su composición heterogénea)⁵⁶, años más tarde la relevancia del perfil intelectual de ese colectivo emergía crecientemente definida. En efecto,

Si en el proletariado depositó la historia la tarea de protagonizar y llevar adelante la revolución nacional, a sus verdaderos intérpretes les corresponde formular la crítica de la vieja cultura y echar las bases de una nueva. Es preciso promover la formación de una inteligencia nacional que encuentre en el interior del vasto país latinoamericano las fuentes de su inspiración creadora.⁵⁷

Esa misión de esclarecimiento no dejaba de apuntar a aquella otra, más general, que se había dado el propio Ramos al citar la fórmula prescriptiva de Marx: “se debe hacer más oprimiente la opresión real, añadiéndole la conciencia de la opresión”⁵⁸.

Conclusiones

Las tesituras sostenidas por Ramos, como se vio, implicaron una mirada estratégica dúplice: por un lado, una estrategia de condena político-ideológica en la disputa con sus adversarios al interior del campo cultural y, complementariamente, una estrategia que argüía sobre la especificidad de los combates culturales en orden a establecer el escenario decisivo para la resolución de las fracturas en el campo político. Una perspectiva tal permitió a este agente rechazar no sólo las ideas, prácticas, jerarquías e instituciones consagradas o hegemónicas en el mundo intelectual, sino también las condiciones que —generadas por un poder político, económico y social al que se le imputaban complicidades de toda índole— las sostenía aún incontestadas.

Ramos, a través de su postulada imagen del “teórico de lo nacional” y de su inserción concreta en el campo cultural, construyó la figura del ensayista, periodista e historiador autodidacta, cuya formación se articuló en las discusiones de grupos

⁵⁵ Ídem, p. 82.

⁵⁶ Ramos, *América Latina...*, op. cit., pp. 179, 185, 240.

⁵⁷ Ramos, *Crisis...*, op. cit., pp. 29-30.

⁵⁸ Ramos, *América Latina...*, op. cit., p. 10.

políticos de intenso debate ideológico. Hasta su *Crisis y resurrección en la literatura argentina*, su obra podía tener un alcance limitado, probablemente de circulación casi excluyente entre la militancia de izquierda, a la que el propio Ramos parece construir como la destinataria de su producción. Con la caída del peronismo y la creciente necesidad de comprender el fenómeno en sectores intelectuales y políticos de diversa procedencia ideológica, la obra ramista ganaría repercusión por su condición de pionero en la crítica a la postura adoptada por los partidos de la izquierda tradicional ante la emergencia del peronismo, lo que convertiría a *Revolución y contrarrevolución en Argentina* (1957) en un texto de amplia circulación.

En definitiva, Ramos se encontró en los márgenes de los campos político e intelectual al momento de producir los trabajos analizados, y si desarrolló una potente inclinación “antiintelectualista”, ésta formó parte de un dispositivo para figurar la legitimación de su condición de hombre de ideas, artilugio en el cual la vocación de sutura de un proyecto que lo incluyera en la construcción de una nación pensada como equivalente semántico del pueblo encontró una centralidad indisputada.